

Capítulo 42 - Luces Pálidas

Ella no podía distinguir si lo que sentía era un sueño o la realidad antes de despertar.

/El cerrojo se abrió con un clic suave, Yarezi pasó junto a una figura de rodillas y entró con un trapo en mano para cubrir la boca de Angharad./

Angharad despertó mirando el techo, dormida y luego despierta. Fue solo un instante, el Fisher tirando de su contrato una vez más. El espíritu solo había hecho eso para evitar su muerte, sin embargo la noble permaneció tendida, viendo el techo, mientras escuchaba cómo el cerrojo se abría. Ella debería moverse, pensó, pero no pudo lograrlo del todo. La mente de Angharad estaba clara, despierta, pero sus extremidades aún estaban adormecidas. Sería más fácil mover todo el mundo que moverlas a ellas.

Un destello de movimiento, y encontró los oscuros ojos de Yarezi por encima, mientras un paño desgastado se presionaba contra su rostro. Había un aroma, dulzón y enfermizo, y Angharad lentamente se dio cuenta de que estaban intentando drogarla. Finalmente, aquello rompió el velo del sueño y el pánico surgió con fuerza en su pecho — Angharad intentó levantarse, luchar contra Yarezi, quien la empujó hacia abajo y lanzó una maldición.

“-ocho, nueve,” contaba la Izcalli entre dientes apretados.

Diez, Yarezi llegó, y Angharad sintió un entumecimiento diferente en sus extremidades. Intentó gritar, pero el sonido salió confuso, como si estuviera profundamente embriagada. La Izcalli que la sostenía la miró con cautela.

“Creo que otros cinco segundos, por si acaso,” dijo Yarezi. “Solo es la leche de la Spinster, querida, no te matará.”

Angharad siguió luchando, pero era como si sus brazos se hubieran convertido en plomo. Ya no podía sentir su propia mandíbula. Yarezi miró de reojo la puerta que la noble no había oído cerrarse, y el corazón de Angharad se apretó al ver lo que encontró allí. Con ojos neutrales, sosteniendo una linterna mayormente tapiada, Brun se apoyaba contra la madera. Ella intentó decir algo, pero entre el veneno y el paño, solo pudo emitir un quejido informe.

“Me dijiste que tu contrato casi nunca se rompe cuando se usa en un durmiente,” desafió la Izcalli.

“Casi,” respondió Brun con indiferencia. “Quizá porque él también tiene un contrato.”

Su mano descansaba sobre su hacha, jugueteando con el mango en un tic inconsciente. Yarezi suspiró.

“Eso me pasa por trabajar con amateurs,” dijo. “Necesito hacer un barrido para ver si alguien nos ha visto, y mientras tanto, vigilarla.”

La de cabello rubio y tez clara de Sacromontana encogió de hombros. Su cómplice estrechó los ojos.

“Necesito interrogarla,” dijo Yaretzi. “Así que, Brun, sin accidentes, o tendremos un problema.”

“Entendido,” respondió Brun simplemente.

Aún cuando la Izcalli se levantó y salió, Angharad se dio cuenta de que lo que había interpretado como indiferencia en la voz de Brun no era en realidad eso. Su tono nunca cambió desde que entró en la habitación, siempre en un monótono y plano nivel. La traidora de cabellos rubios se acercó a su cama, empujándola suavemente hacia atrás cuando intentó levantarse. Estaba tan débil, sus extremidades como las de un niño. La pareja planeaba matarla — eso era inevitable, lo sabían, porque de lo contrario ella los destruiría por esto —, pero el miedo tardó en llegar.

El enojo ardía en su lugar, como brasas en su interior. ¿Por qué?, intentó preguntar, un grito de rabia y desconcierto. Lo que salió fue un gemido sordo, entrecrocado, pero Brun comprendió igual. La emoción atravesó su rostro, aunque ella pensaba que parecía superficial. El arrepentimiento, solo superficial, como la huella de una uña.

“Lo siento, debe ser tú,” dijo Brun. “Me has tratado con amabilidad y no mereces esto. Pero no hay nadie más con quien pudiera escapar, y estoy... demasiado cerca.”

Otra chispa de emoción en las últimas dos palabras, esta más profunda que la anterior. Miedo, Angharad lo vio. Ese era el miedo más profundo que había visto en él.

“Si tomo a Yong o a Sarai, Tristan me apuñalará en la noche,” explicó Brun. “Shalini ahora está siendo vigilada como un halcón y Lan, bueno, ella sabe de mí. Ella habrá tomado precauciones. Ya intentó matarme una vez.”

Angharad soltó un sonido de negación ante la falsa acusación, solo otra traidora buscando redención. Brun agitó la cabeza en señal de rechazo.

“Ella compró Leche de Solterona a Yaretzi,” dijo. “Espero que la haya puesto en mi cantimplora, una pequeña dosis que se iría acumulando lentamente, pues no me di cuenta hasta la prueba en el Puente Toll.”

Eso era... ella había pensado que Brun parecía torpe, cuando lo veía perseguir al espíritu invisible. Pero, ¿por qué Lan — le tomó un segundo a su mente aceptar la verdad que él mismo había admitido casi con naturalidad? Tú mataste a Jun, intentó decir.

“Jush kwid jewn.”

“No fue nada contra ella,” encogió Brun los hombros. “Era la más cercana y los gemelos acababan de luchar con Tristan, lo que pensé que enredaría más las cosas.”

Dios dormido, ¿cuánto había pasado por alto? ¿Estaba ciega, siendo la tonta en medio de una manada de lobos? Sentía como si me hubieran herido en el vientre, el aliento escapándose de mí. Brun había matado dos veces, y ahora ella debía ser la tercera. Y ni siquiera sabía por qué. Alguna de esa expresión debió haber estado en su rostro, porque el hombre suspiró.

“Te debo por distraer a los cultistas durante la Prueba de las Líneas,” reconoció Brun. “Y supongo que ese conocimiento no se irá a ninguna parte.”

El hombre la miró con ojos fríos.

“Hay un festival en la Bruma,” dijo. “Una semana en la que reparan las lámparas, muchas de ellas desmontadas de golpe, así que hoy en día cuelgan pequeñas linternas de papel rojas y se hacen juegos en las calles. La Trinchera envía a los mineros de vuelta a la ciudad en esa época, y a mi madre le encantaba hacer las linternas. Era de las pocas cosas que hacíamos juntos.”

Para Angharad, era aterrador escuchar una historia tan personal contada con un tono tan completamente desapegado.

“Cuando murieron, bueno, esa es una historia larga,” dijo Brun. “Pero me aferré a una de esas linternas de papel como si fuera lo último que tuviera. Rezó por ella, casi. Y alguien me escuchó.”

Los ojos del hombre rubio se volvieron distantes mientras giraba la vista a un lado, como si estuviera mirando algo que Angharad no podía ver. Brun frunció el ceño antes de volver su mirada hacia ella.

“Un dios joven,” dijo. “Farolito, el dios de ese festival sin nombre. Soy su primer contrato.”

Brun simplemente levantó los hombros.

“Él quería ayudar,” afirmó. “Pero los dioses no son hombres, especialmente cuando son tan jóvenes.”

Al volver a mirar a un lado, con cara de fastidio, luego a ella de nuevo. Está siendo visitado por su dios.

“Hubiera muerto si no fuera por el pacto,” aclaró Brun. “Pero él no entendía lo que pedía, ni yo lo que entregaba. Quería esconderme, que los buitres me dejaran en paz, y así él me permitió transmitir calma a los demás. Vaciarles todo, como justo después del fin de un festival. Para hacer esto, debo poder sentir su presencia, y así podía.”

Esa era la verdad acerca de la extraña somnolencia que la había apoderado, así como la forma en que había logrado sentir la presencia de sus perseguidos durante la Prueba de las Líneas y la huida hacia Cantica.

—En cambio— continuó Brun sin emoción—, tomó aquello que más aprecia del festival: las emociones. No toda la duración, sino las partes más intensas, y pensé que era una buena oferta. Nunca volvería a temer, nunca más lloraría en la sombra.

Hizo una pausa.

—Estaba equivocado—.

El modo sencillo y directo con que pronunció esas tres palabras le provocó un escalofrío en la espalda.

—Se siente peor cuando uso mi contrato—, dijo Brun. —Como si todo Vespere se estuviera afinando, cada ruido que se desvanece. Y el ruido no vuelve. Comencé a olvidar cómo se sentía tener alguna emoción, ni siquiera podía reunir miedo de que un día simplemente me recostarían y no me importaría si muriendo por hambre.

El rubio chasqueó la lengua, moviendo la mano como si apartara algo que solo él podía ver.

—Él no es un dios malvado—, le informó Brun con el deber de quien explica algo importante. —No quiso hacer daño. Y encontramos juntos un resquicio: ya no podía sentir mis propias emociones, pero todavía podía sentir las suyas.

Y con un horror creciente, Angharad empezó a comprender hacia dónde se dirigía la historia.

—Probamos muchas cosas—, dijo el hombre. —¿Sabes, Lady Angharad, que en el momento en que un hombre, uno que no está sometido a la Gloam ni está apagado, muere, su presencia en el éter brilla intensamente? Todos los colores y emociones de su tejido, allí se desvanecen.

Levantó la mano y chasqueó los dedos, el sonido un contraste agudo con el rostro sereno.

—Nada ama Farolito más que la muerte, salvo el festival, y eso solo una vez al año—, dijo Brun.
—Así que hice lo que debía.

Nunca dejó de asombrar a Angharad qué clase de fealdad podía haber bajo la máscara de “Hice lo que debía”, como si tras esa excusa se escondiera un abismo sin fin cavado por el horror. El rubio inclinó la cabeza hacia un lado.

—Lo racionalicé, usé el pacto solo cuando era inevitable—, dijo el Sacromontano. —Cada seis meses, más o menos. Seguía siendo peligroso y decidí que la Guardia quizá podría ayudarme, repararlo. Elegí el Dominio como vía de ingreso para que no puedan negármelo cuando descubran lo que hago.

Eso era, le había contado su tío, la virtud de estas pruebas: que al superarlas, uno se inscribía directamente en las filas de la Guardia. Brun suspiró.

—Pero he tenido que usar mi pacto tantas veces—, dijo, con un tono casi irritado—, para encontrar enemigos, para entender quién me mentía o intentaba matarme. Y así, el mundo se fue haciendo más silencioso.

El rubio le sostuvo la mirada.

—Jun fue a ayudarme a durar lo suficiente para que llegara a los infanzones—, dijo Brun. —Aines fue porque empezaba a ser difícil fingir emociones.

Su mirada era fija y penetrante.

—Usé demasiado mi pacto cuando huimos de los cultistas en camino a Cantica—, afirmó el Sacromontano. —Para asegurar que Song no nos llevaba a una emboscada. A este ritmo, quizás tenga que matar a un sombrío en Tres Pinos. Aceptar la oferta de Yaretzi fue lo menos arriesgado—.

La puerta se abrió y Brun dejó caer la mano hacia su hacha, pero las esperanzas de Angharad, aunque semi-formadas, se esfumaron: solo era Yaretzi regresando. La Izcalli cerró cuidadosamente la puerta tras ella.

—No hay luces bajo las puertas—le dijo Brun. —Más interesante aún, Tristan ya no está en su habitación y Augusto Cerdan tampoco. Parece que no somos los únicos que están limpiando antes de la votación. Te lo dije, querida mía: ese chico es sin duda un asesino a sueldo.

—Es un rata hasta la médula—dijo el hombre.—Lo estás confundiendo.

—¿Cómo ha logrado convencer a tantas personas de eso?—se quejó Yaretzi.—Después de que Lan me confiara sus sospechas a cambio de la Leche, supe que ese pequeño bastardo era demasiado peligroso para dejarlo husmean por ahí, pero nadie mordió el anzuelo. Lo único que pude hacer fue enviar a Ferranda tras Isabel con la esperanza de que tropezara con lo que sea que hayan estado haciendo respecto a Cerdan. ¡Por los Cielos, mis queridos, ese muchacho ha recorrido media corte con la misma caja de veneno que usan los asesinos de Watch! ¿Cómo es que aún no lo han descubierto?

Yaretzi se volvió para sonreírle, como si fueran amigas compartiendo una confidencia, y Angharad sintió ganas de arrancarse los dientes. La muerte se le arrastraba cada vez más cerca con cada palabra, y ella seguía esperando que el miedo llegara, pero el calor de la ira aún lo mantenía lejos. Era como mantener la mano demasiado cerca de la llama de una vela, que comienza a quemar, ahuyentando toda otra sensación.

—Debe ser nuevo en la profesión—le dijo Yaretzi.—Normalmente solo deberías llevar las sustancias que piensas usar; así es mucho menos evidente.

Brun se desplazó inquieto.

—Haz tu inspección—dijo—. Terminémosla.

—Pronto, pronto—respondió Yaretzi.—Te lo dije, necesito que responda algunas preguntas primero.

La mujer Izcalli desenvainó tranquilamente un cuchillo y se arrodilló junto a Angharad. Ella intentó levantarse, pero sus extremidades estaban tan débiles que ni siquiera necesitaban empujarla hacia abajo. La punta del acero rozó su mejilla y se detuvo debajo de su ojo, con tanta suavidad que no

cortó la piel.

—¿De qué color son los azulejos en la cocina del Llanw Hall?—preguntó Yaretzi.

Angharad apretó la mandíbula lo más que pudo, aunque todavía le colgaba la lengua en la boca. Yaretzi la observó y suspiró.

—La tortura es muy desordenada, querida—dijo la Izcalli—. Espero que no me obligues a usarla, mejor intentemos con algo más sencillo. Tu tío Osian—¿de dónde obtiene tanto dinero?—¿Quizá tu madre enterró una fortuna en algún lugar y se la dijo a él?

Angharad parpadeó. ¿Dinero? Los ojos de Yaretzi se entrecerraron con impaciencia.

—El hombre ha estado gastando oro como si fuera cobre, querida—dijo la Izcalli.—Puso una orden abierta por el precio que sea por tu cabeza a cambio de la calavera de cualquier asesino que intente matarte, y se sabe que ha pagado al menos diez veces más. He oído que tantos asesinos se mataron entre sí intentando atraparte en Ixta que los gremios de la ciudad todavía están en guerra.

Angharad se atragantó. ¿Ixta? ¿El pequeño puerto al borde del Mar Esmeralda donde pasó exactamente tres horas esperando en los muelles antes de cambiar de embarcación? Yaretzi soltó un sonido irritado.

—Inútil—dijo—. ¿Sabes por qué retiró la orden abierta, al menos?—¿Se quedó sin dinero?—Eso sucedió cuando llegaste a Sacromonte y sé que recibiste al menos una carta de él en ese lugar.

Angharad se inclinó hacia adelante, como para responder, y Yaretzi se acercó más. Solo cuando ella intentó escupirle a la otra mujer, su lengua no se movió, por lo que solo pequeñas gotas de saliva volaron y el resto permaneció burbujeando en sus labios. Yaretzi retrocedió con un suspiro.

Ayanda no causaba casi tantos problemas, se quejó. Esa chica, tan ansiosa por hablar, me entregó todo lo que necesitaba el primer día. Debe ser su contrato lo que la recomendó para la Krypteia, porque ni siquiera notó cuando vertí agua con leche en su odre. No mucho, solo lo suficiente para ralentizarla un poco. La misma dosis que intercambié con Lan.

Yaretzi encogió los hombros.

"Después de eso, solo quedaba esperar a que tropezara y fuera atrapada por esos salvajes de Ojo Rojo."

Al observar el orgullo arrogante en el rostro de la Izcalli, Angharad sintió un odio genuino por primera vez en su vida al recordar la tristeza sombría en el rostro de Zenzele. ¿Qué tan destruido debes estar para ganarte la vida infligiendo sufrimiento?

"No tengas celos, pequeña," le reprendió Yaretzi. "La Casa Sandile ofreció una suma considerable por la muerte de la pequeña perra que robó al esposo de la sobrina favorita de su matriarca, pero ni siquiera es la mitad de lo que está en juego por ti. Decidí cobrar primero a esa chica después de

verte enfrentarte a ese Santo. Parecía probable que acabarías con heridas al salvar a tontos de todos modos."

Yaretzi agitó un dedo.

"Solo tú seguías sobreviviendo, qué molesta adorable, y ni siquiera cuando me acerqué seguiste falleciendo con mis intentos," dijo. "Intenté eliminarte discretamente durante la prueba con el dios de relojería y luego otra vez en las escaleras con Ishaan, pero eres una criatura muy difícil de matar."

"Fugh, yew," gruñó Angharad.

"No te digo esto para presumir, querida," dijo Yaretzi con paciencia. "Te digo esto para que entiendas que no soy una matona contratada sino una profesional, una hija ungida de la Sociedad de Obsidiana bajo contrato arbitrado. Nuestra regla es que aprender conocimientos que solo la marca conocería sirve como prueba de la muerte, pero cuando eso no es posible, también puede presentarse la cabeza en su lugar."

Se inclinó hacia adelante.

"¿dime el color de las azulejo en la cocina de Llanw Hall?" dijo Yaretzi, "y tu tío recibirá un cadáver con la cabeza todavía puesta. Entiendo que los Malani tienen algunas costumbres funerarias relacionadas con los ojos, ¿no? ¿No preferirías aliviar su dolor mientras puedas?"

"Aye ashm noth," soltó Angharad con dureza, "Malani."

Y no permitiría que esta criatura se fuera sin pagar por sus crímenes. Quizás no pudiera luchar, pero al menos podría intentar causar suficiente caos para que estas bestias fueran atrapadas. Song, Song se encargaría de eso. La Tianxi de ojos plateados no dejaría pasar esto, era el único consuelo que Angharad tenía en medio de este desastre feo. Intentó levantarse de nuevo y encontró un resto de fuerza en sus extremidades. Yaretzi chasqueó la lengua con desconcierto.

"Está bien," dijo, guardando su cuchillo, "siempre fue una apuesta arriesgada, y no es que la tortura sea confiable cuando uno no puede tomarse su tiempo. Brun, intenta no ensuciar demasiado. Yo la mantendré sujeta por ti."

Angharad levantó medio el brazo, pero fue apartada como a una niña y empujada de regreso sobre el colchón por una aburrida Yaretzi. Esa aburrición de alguna manera la insultó más que todo lo demás junto. Que ella fuera una tarea, ni siquiera una enemiga. Brun, con el rostro retorcido por algo que parecía alivio, se acercó con su hacha en mano. Angharad le lanzó una mirada ardiente de indignación, y el hombre rubio se quedó quieto por un momento. Sus ojos verdes se posaron en Yaretzi, casi considerando, pero luego suspiró. La hacha levantó todo lo que podía.

La muerte descendió sobre ella con una aguda hoja de acero, solo para ralentizarse.

Un susurro sonó en sus oídos, elevándose hasta convertirse en el latido cercano de alas, hasta que borró todo lo demás y un poder extraño vibró por su cuerpo. Sobre su cabeza, una sola y hermosa

pluma de pavo real descendió del techo y Angharad se dio cuenta de que sus extremidades ya no estaban entumecidas. La bendición del mayura, había despejado el veneno. El espíritu la abandonó, la hacha volvió a descender con la rapidez de una víbora, pero Angharad ya no estaba indefensa.

Tiró de Yaretzi por el cuello, arrastrándola en su dirección, y encontró una satisfacción cruel al ver cómo los ojos del Izcalli se agrandaron en una sorpresa absoluta.

“Joder”, maldijo la asesina, el golpe impactándola en el hombro con un golpe húmedo.

Angharad le dio una patada en el estómago, haciendo que Yaretzi se tambaleara con un jadeo, y cuando se levantó, empujó a la tambaleante Izcalli contra un sorprendido Brun. La parte posterior de sus rodillas golpeó la mesita de noche, haciendo que su espada en funda cayera al suelo, y ella la atrapó con la punta de sus dedos de los pies.

“Asesinos,” gritó, apenas dándose cuenta de que no servía de nada.

La puerta estaba cerrada y los dueños de las dos habitaciones más cercanas estaban frente a ella. Brun arrancó su hacha del cuerpo de Yaretzi, provocando un grito ronco, y cuando se giró para herirla, Angharad comenzó a levantar su espada con los dedos de los pies — atrapó la vaina justo cuando su golpe caía, golpeando su antebrazo con ella para que el hacha pasara cerca de su hombro. Yaretzi, desde el otro lado, atacó con un cuchillo en mano, pero Angharad ya había sacado medio su sable para golpearle la barbilla con la empuñadura y hacerla retroceder.

Vio a Brun atacar por la espalda, mordiendo su columna y enviándola a...

Y giró con un golpe que no habría visto, esquivando justo a tiempo para que el hacha tomara a Yaretzi en el brazo al girar tras Brun y terminar de desenvainar la espada. Ella quedó con la vaina en la mano. Sus rodillas casi se doblaron cuando una ola de apatía golpeó en su mente, pero al golpear a Brun en la espalda, esa sensación desapareció en humo. Terminó de girar para enfrentarlos.

Brun era un luchador hábil, pensó, pero su talento era todavía tosco. No había sido enseñado a ser predecible en un duelo, porque eso significaba la muerte. El Sacromontano intentó alejarse para tener suficiente espacio para balancear su hacha, pero Angharad ya había empezado a girar: el filo de su sable lo cortó a la altura de la sien y en un ligero ángulo, dividiendo su ojo como un huevo y hundiéndolo en el cráneo.

Muerte en una sola golpe.

Calmadamente, Angharad le dio una patada en la espalda mientras arrancaba la hoja, rociando su cerebro en un spray, haciendo que el cadáver cayera en dirección a Yaretzi y forzando a la Izcalli a retroceder más cerca de la puerta. La asesina lamió sus labios, observando cómo la otra mujer se daba cuenta de que ya tenía dos heridas y permanecía sola.

“Juraste un voto,” dijo de repente la Izcalli. “No hacer violencia a otros que participan en la prueba. Si dejo de luchar, tú no puedes—”

Angharad arrojó la vaina a su cara. La cuchilla se elevó para chocar contra ella, y eso fue todo: la punta de su sable penetró directamente en el corazón de Yaretzi, sujetándola a la puerta con un golpe seco mientras la asesina soltaba un gorgoteo húmedo.

—¿Sabías que infringiste conscientemente las reglas de la Prueba de las Hierbas, asesina?—le informó Angharad con autoridad y cortesía.—Ya no calificas como participante en la prueba.—

Extendió su postura, preparándose para arrancar la espada, pero antes de que pudiera, la puerta se abrió de golpe y el cadáver voló hacia ella. Sofocando un sonido de sorpresa, Angharad luchó por mantener firmemente su sable mientras alguien entraba a la fuerza en la habitación—solo para encontrar a Song apuntándole con un mosquete, Sarai justo detrás de ella, torpemente apuntando con un pistón mientras levantaba una linterna.

—Tú— oh—, dijo Song, sorprendida.

Hubo un breve instante de silencio.

—¿Estamos completamente seguros?—comenzó Sarai, con la mirada fija en los dos cadáveres enfriándose—, ¿que ella fue la que necesitaba ser salvada aquí?

La mandíbula de Angharad se tensó.

—La bendición de la mayura salvó mi vida—dijo con severidad—. Me atacaron con veneno y con el contrato de Brun.

Su mirada se fortaleció al volverse hacia Song tras pronunciar esas palabras.

—Una broma—, dijo Sarai—. No pretendía ofender.

Angharad no respondió, sus ojos permanecieron en Song, preguntándose en silencio por qué no había advertido a nadie sobre el contrato de Brun. Habría sido un sospechoso mucho más evidente que Ishaan, y aunque podía entender que quisiera guardar en secreto el poder de sus propios ojos, eso no justificaba no advertir a nadie en absoluto.

—No sé qué hace—, admitió Song—. Bueno, que hacía, supongo. Estaba escrito en una especie de jerga callejera sacromontana, la mitad de las palabras ni siquiera eran reconocibles como Antigua.

La noble inclinó lentamente la cabeza y sintió cómo un nudo en sus hombros se aflojaba. Si Song hubiera sido parte del grupo de egoístas que se le habían impuesto, no sabía qué habría hecho. Mucho de lo que había considerado verdad antes de llegar a esta isla era... Nobles que actuaban como lobos, lealtad como una soga de ahorcado y honor en los lugares más insólitos. Antes pensaba que Peredur era el epítome del mundo, pero ahora se vio obligada a cuestionar cuánto se había perdido en la percepción.

Angharad tragó saliva, su mente aún dando vueltas por todos los asesinatos y mentiras reveladas. 'Yaretzi' era una mentirosa confesada, y mucho de lo que dijo sobre otros podía ser descartado, pero sus palabras sobre Tristan— y que éste había sido cómplice de Isabel, quien sabía que tenía

problemas con los hermanos Cerdan— resonaban con una inquietante veracidad.

Remund había desaparecido tras pasar un tiempo a solas con él, sin que aún hubieran rendido cuentas. Nadie había considerado tomar eso en serio, ya que ambos parecían condenados a morir, pero quizás, en realidad, hacía falta explorar esa posibilidad. Angharad sintió una gran fatiga deslizarse sobre sus hombros como un manto, acompañada por una urgencia destructiva: revelar cada secreto oscuro que la isla escondía, sacarlo a la luz y dejarlo atrás, para siempre.

Sarai aclaró su garganta.

—Deberíamos despertar a todos los demás y hacer que se entere ahora—, dijo la mujer pálida—, que ese par intentó matarte. Porque las acusaciones podrían volverse peligrosas al amanecer.

—Aún hay más que contar—, dijo Angharad, cansada—. Brun confesó efectivamente los asesinatos de Jun y Aines, y Yaretzi admitió ser parte de algo llamado la Sociedad de Obsidiana, además de envenenar a Ayanda con algo llamado la Leche de la Solterona.

Sarai soltó un sonido de sorpresa.

—Zenzele no tomará bien esas noticias—, advirtió.

—Debe ser informado, pase lo que pase—, replicó Angharad.

Aunque, pensó, primero debería sacar los cadáveres a la sala. La sangre empapaba su suelo. Con la hoja manchada con la espalda de Yaretzi, Angharad fue a recoger la vaina y a guardarla. Iba a buscar sus botas cuando alguien dobló la esquina: Shalini, visiblemente exhausta pero con ambas pistolas en mano, tropezó en la escena y se quedó paralizada. Un instante después, Ferranda la siguió, con la espada en la mano, y luego Zenzele, tropezando medio, pasó junto a ellas mientras ajustaba sus botas.

—“¿Eh?”, dijo Ferranda.

La Someshwari bajó sus pistolas. Los ojos de Shalini oscilaban entre ellas y los cadáveres.

—“¿Qué sucedió?”, preguntó.

—“Intentaron matar a Angharad en la noche”, les explicó Song. “No les salió bien”.

—“No me diga”, comentó Shalini con humor. “Yo podría haberles predicho cómo acabaría si me hubieran preguntado”.

—“¿Y los otros dos?”, preguntó Zenzele con una ceja levantada, finalmente levantando su pie.

Hubo una pausa. Angharad se volvió hacia las otras dos mujeres, levantando una ceja. ¿Qué las había llevado a su habitación? Pensaba que el sonido no habría llegado. Sarai suspiró.

—“Por petición de Song, coloqué una Marca en la puerta de Lady Angharad que se rompería si alguien la abría”, explicó.

—“Durante bastante tiempo, estuve a su merced”, dijo Angharad con neutralidad.

Agradecía el gesto, pero no la presunción. Además, ¿por qué ella, de todas las personas?

—“Anocheció y yo ni siquiera me di cuenta cuando se rompió”, admitió Sarai, con cierto rubor.

Se sonrojó ante los ojos incrédulos que le lanzaban.

—“Miren, no es una Marca que haya dominado completamente y no he podido dormir bien en días”, explicó. “Me desperté más tarde y noté que ya no estaba, así que fui a buscar a Song y encontramos...”.

—“¿Consecuencias predecibles?”, remató Zenzele secamente.

Sea lo que fuera lo que se dijera, todo quedó en espera. Más personas se unían a ellos; el sonido creciente de las conversaciones en el pasillo los llamaba. Primero Tupoc, que hizo un gesto teatral de asombro al ver los cuerpos, luego Lan y Cozme.

Angharad los enfrentó, su rostro todavía manchado de sangre.

—“Déjenme vestirme”, suspiró. “Y luego les contaré todo”.

—

No fue largo explicarlo, aunque para ellos pareció una eternidad cuando la encontraron prisionera.

El rostro de Zenzele palideció al enterarse de que su amada había sido drogada para su desaparición, por orden de Casa Sandile. Shalini puso una mano en su brazo, mientras Tupoc parecía algo molesto. Recordando la confesión de Yaretzi respecto a las escaleras, Angharad hizo sus reparos allí.

—“No te creí cuando afirmaste que Ishaan fue empujada por ella”, dijo la noble, dirigiéndose a Shalini. “Pero lo hizo, y pido disculpas por desconfiar de ti”.

La otra mujer hizo una mueca.

—“En ese entonces, parecíamos bastante sospechosos”, respondió. “Agua pasada”.

En cuanto a Ferranda, Angharad estaba demasiado cansada para seguir guardando secretos.

—“Song y yo descubrimos un pasadizo secreto en la capilla de la entrada y escuchamos su conversación con Isabel cuando acusaste a ésta”, dijo con bluntitud. “Yaretzi ha confesado que la dirigió después de Isabel en la esperanza de que tropezaras con alguna supuesta trama contra los Cerdán, que ella tejía junto a Tristan”.

Ferranda Villazur se apartó sorprendida.

—“Yo—¿estás segura? Tristan?”, preguntó.

—“Estoy segura de que lo dijo”, afirmó Angharad. “También confesó ser una asesina y una mentirosa, así que no le doy mucha credibilidad a sus palabras”.

El hombre de ojos grises era un criminal de alguna clase, proclive a trucos, pero también había demostrado cierto sentido del honor. Varias veces había arriesgado su vida por otros, sin ganar nada aparente.

—“El muchacho es sospechoso”, gruñó Cozme. “Vuelvió y Remund no”.

—“Vuelvió con una herida en el vientre tras caerse por aquella resbaladilla con tu Cerdán”, respondió Sarai con franqueza. “Tuvo que tratarse de la traba en la mandíbula, puedes preguntarle a los de la capa negra. Tu chico Remund no tuvo tanta suerte y, según sabemos, todavía está atravesado en el laberinto. Una forma horrible de morir”.

Ella no sonaba especialmente comprensiva.

“¿Entonces, dónde está ahora?” presionó el hombre de bigote. “Yong no puede salir de su habitación, pero ¿dónde está la rata?”

“Investigando las actividades de los habitantes del pueblo, como le pedí,” respondió Song con total indiferencia. “Me resulta algo curioso que no preguntes dónde está Augusto, ya que también está desaparecido.”

Cozme se enderezó.

“Augusto ya no es mi responsabilidad, pero Remund sí-”

“¿A nadie le importan tus criaturitas, Cozme?” interrumpió Lan con tono impaciente. “Tristán podría haberse abierto las venas en medio de la calle y la mayoría de nosotros aplaudiríamos. Tredegar, sigue con ello. ¿Y Brun?”

Cozme Aflor parecía bastante enfadado, pero no tenía amigos en la sala. Angharad relató el resto de lo que Yarezi le había contado, provocando un sonido de interés en Tupoc al mencionar a la Sociedad del Obsidiana.

“Son asesinos famosos en Izcalli,” les informó con una rara muestra de acuerdo. “Son un culto de la Mariposa Esquelética que acepta contratos de asesinato, llevan siglos actuando. Se dice que incluso mataron a un Rey Saltamontes en una ocasión.”

Luego pasó a Brun, y su repulsión creció al describir cómo había llegado a aceptar un contrato que lentamente le convirtió en un asesino. La descripción de sus efectos hizo que Shalini hiciera una mueca.

“Sentí algo parecido aquella noche en que mataron a Jun,” admitió. “Cuando vigilaba. Pensé que solo estaba cansada y que nunca dormí del todo, así que no dije nada salvo a Ishaan, pero todo lo que Lady Angharad menciona es algo que también he sentido.”

Lan parecía mortal, una expresión inusual en su rostro, pero ¿qué sabía Angharad? Tanto Yaretzi como Brun la acusaron de envenenar a Brun antes del Toll Road, algo que la Pereduri mencionó y la mujer de labios azules no negó. Angharad pensaba que conocía la mayoría de las corrientes subterráneas en su grupo, sabía de su funcionamiento aunque a veces omitía detalles, pero esa ilusión acababa de ser completamente despojada. Otros habían bailado a su alrededor con tanta destreza que ella ni siquiera se había dado cuenta de que asistía a un baile. No más de eso, pensó fría Angharad. No sería tan tonta otra vez.

Tupoc, que estaba más cerca de las escaleras, de repente se tensó. Levantó una mano para pedir silencio y levantó su lanza.

“Alguien acaba de entrar,” susurró.

El Lord Zenzele miró a su grupo y luego abajo.

“Es Tristán,” dijo.

Ella pensó que había usado su contrato. Tristán debía tener un vínculo con alguien aquí.

Tupoc no bajó la lanza.

“Xical,” advirtió Angharad, llevando la mano a su hoja.

“Tres en una noche sería demasiado codicioso, Tredegar,” la reprendió Tupoc con diversión.

Sin embargo, soltó la arma justo cuando alguien comenzaba a subir corriendo las escaleras. La rapidez de su movimiento la sorprendió. Tristán era un hombre de pasos ligeros, pero ahora subía corriendo a toda prisa. El hombre de ojos grises y aspecto descuidado irrumpió en el umbral, con pasos vacilantes al verlo a todos reunidos en el vestíbulo.

“Oh,” dijo Tristán. “Todos están aquí. Bien.”

Sus ojos se fijaron en los cadáveres, sin mostrar emoción ante la vista. Ni siquiera preguntó.

“¿Al fin apareces?” musitó Tupoc. “La impuntualidad se está convirtiendo en tu costumbre.”

“Tupoc, cállate,” dijo el hombre, causando una ola de sorpresa por esa audacia inusual. “No tenemos tiempo para esto. Estaba en la plaza, donde nuestros anfitriones — cada uno de ellos un diablo — estaban manteniendo una conversación animada sobre la forma de comernos a todos.”

El silencio fue instantáneo y absoluto.

—Entonces, en mi camino de regreso—, continuó Tristan de manera feroz—, pasé por la puerta trasera donde por casualidad vi a Augusto Cerdán dejando entrar a una partida de cultistas. Esto sucedió—

Sacó un pequeño reloj, abriendo la tapa para mirar la hora. Se le antojó familiar, aunque de forma vaga.

—Hace poco más de tres minutos—, concluyó—, y espero que ya estén moviéndose para liberar a los esclavos.

De repente, explotó el alboroto, varias voces alzándose en simultáneo. La voz de Song cortó el tumulto, clara y calmada. Angharad pensó que era entrenada. Song Ren había sido preparada para el mando, o al menos para liderar.

—Vístanse y armarse—, ordenó—. Todo lo demás puede esperar.

Algún murmullo, pero Angharad logró atravesar el ruido al apresurarse a su habitación y recoger su mochila. Lo suficiente siguió su ejemplo al verla, obligando a los demás a hacer lo mismo. Para ella, fue más un gesto simbólico, pues sus asuntos ya estaban empacados y, en pocos momentos, volvió a estar lista. Justo a tiempo para escuchar a Song y Sarai interrogando a Tristan.

—Uno de ellos era mayor que los demás, se llamaba Akados, y algunos de los otros demonios lo acusaron de querer 'atinar' a través de la masacre—, relató el hombre—. No tengo idea de qué significado pueda tener eso.

—Los demonios mayores eventualmente se convierten en formas fijas en el éter—, respondió Song con distraída sutileza—. Ese proceso lo llaman 'recocido', como en el herrero.

La Pereduri pensó que ella lo sabría. La República permitía obtener la ciudadanía a los demonios, incluso llegar a servir como burócratas.

—¿Qué significa, una forma fija en el éter?—, preguntó Angharad, dando un paso adelante.

—Lo que ella dijo—, apoyó Tristan.

Luchó por reprimir el destello de cariño. Sus ojos no vacilaban ante la visión del cadáver y muchas oscuras noticias aún pesaban sobre él. Angharad estaba harta de confiar en extraños que sonreían.

—Significa que, por mucho que los mates, eventualmente volverán a salir del éter—, gimió Sarai—. Los viejos demonios no son reclusos cualquiera, aunque éste aún debe estar lejos del umbral.

—Si es lo bastante viejo para discernir el tipo de éter que consume, debe estar cerca—, advirtió Song—. Espero que si se alimenta de la menos compleja sombra etérea de la masacre en lugar de la 'masacre' misma, ya haya terminado el proceso.

Angharad ladeó la cabeza.

—¿Será esa... discernibilidad la razón por la que en las historias los demonios padecen extrañas compulsiones?—, preguntó.

Los cuentos infantiles tenían héroes ingeniosos que los engañaban escamando cuentas de cualquier forma, las cuales los demonios tenían que contar, o los hacían suicidarse por no poder encontrar una rima a su sentencia.

—Más o menos—, afirmó Song—. Pero esa conversación puede esperar hasta que estemos en un lugar seguro. Tristan, ¿tienes tus asuntos listos?

—Todo lo que puedo llevar—, respondió él, con ojos grises, y luego hizo una pausa.

Volvió la vista a Sarai.

—¿Yong?—

Ella hizo una mueca.

—No puede levantarse—, respondió.

—Entonces, tendremos que cargarlo—, dijo Tristan con franqueza—. Lady Angharad, ¿puedo contar con su ayuda?

Una causa noble, pensó Angharad, y asintió con la cabeza.

Fue ella quien llamó a la puerta, una voz apagada que le indicó que entrara. Yong yacía en su cama, medio desnudo, pero su torso estaba tan cubierto de vendas que parecía llevar puesta una camisa. Solo sus brazos y parte de los hombros estaban al descubierto —la extensión de piel resaltaba el arma cargada que apuntaba en su dirección. La culata se tambaleaba al comenzar a toser húmedamente, y sus ojos estaban llorosos. Los reconoció después de un momento, bajando el arma y colocándola sobre la mesita de noche.

—¿Qué sucedió? —preguntó con voz ronca—. Escuché voces.

—Brun y Yaretzi intentaron eliminarla —dijo Tristan con brutalidad, señalando con el pulgar a Angharad—. Pero ella les arrebató la vida en su lugar, y reveló todos sus oscuros secretos.

Angharad lo observó, con una sonrisa de resignada diversión.

—Tristan fue a espiar a los habitantes del pueblo y descubrió que todos son diablos —aportó—. Augusto Cerdan, ese canario sin honor, también ha dejado entrar a un grupo de cultistas.

El reloj despertó su mecanismo, se abrió y se cerró de nuevo. Angharad no podía quitarse la sensación de haberlo visto antes en algún lugar.

—Hace aproximadamente cinco minutos —dijo Tristan—. Debemos ponernos en marcha, o pronto estaremos rodeados de diablos y oscuridades.

Yong exhaló un suspiro entrecortado.

—Mis puntadas no resistirán —afirmó—. No puedo moverme.

—Por eso venimos a llevarte —aclaró Angharad—.

—Me oyes mal —replicó Yong—. No es que no pueda caminar; es que no puedo moverme. El médico me dijo que debo permanecer en cama por al menos dos semanas.

—Aquel médico no era más que un diablo con hambre de devorarme —puntualizó Tristan, con una lógica que te parecería sencilla.

—Vi mis puntadas en un espejo —contestó el anciano—. Cubren gran parte de mi espalda, y si se rasgan, no hay duda de que moriré.

—No desacredito tus temores —le aseguró Angharad—. Pediremos ayuda a otros y tomaremos todas las precauciones posibles. Pero debemos movernos, Yong.

—Tiene razón —susurró Tristan—. Los diablos vendrán sin duda, saben que aquí hay comida.

Yong los observó por un largo rato y luego exhaló.

—Lo sé —finalmente dijo—. Lo sé. Y sería una forma terrible de morir.

Suponiendo que apretó los dedos con fuerza.

—Probablemente no pueda moverme mucho —añadió Yong—. Quizá te toque, Tristan, llevarle mi mensaje.

El joven se quedó quieto, con el rostro cerrándose como un obturador.

—¿Tu esposo? —preguntó Angharad.

Angharad frunció el ceño, pues parecía que el Sacromontano esperaba estar equivocado. Yong asintió. Tras una mueca seria, Tristan también asintió. Ella no pudo evitar sentir que de alguna manera estaba interfiriendo. La mirada de Tianxi se deslizó hacia ella.

—Necesito algo de privacidad —le dijo.

—Entiendo que no sea agradable, pero necesitarás ayuda para vestirte —le expresó con delicadeza—.

—Algunas cosas requieren privacidad —respondió suavemente, echando un vistazo al orinal.

—Ay, Angharad —pensó con algo de vergüenza—. En realidad preferiría no estar presente en ese momento.

—Yong —comenzó Tristan, pero el veterano levantó la mano.

—No —dijo—. Ya hemos dicho todo lo necesario. Nada ha cambiado.

El hombre de ojos grises parecía querer discutir, pero en lugar de eso respiró profundamente.

—Supongo que no —murmuró Tristan con tono suave—. No ha cambiado nada.

Asintió con determinación y se alejó. Angharad salió tras él, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. Tristan se recargó en la pared, cruzó los brazos, y la expresión de gravedad que siempre lo acompañaba se profundizó por la angustia que mostraba su rostro. Su mandíbula apretada.

—Mentí —dijo ella.

Lo había sospechado, pero ahora estaba segura.

—Él —

Un disparo resonó tras la puerta.

Tristan se estremeció.

—Eligió hacerlo rápido —balbució el hombre con voz áspera—, en lugar de desgarrar sus puntadas y sufrir horas de agonía antes de llegar al mismo final. Fue...

Tristan lamió sus labios.

—Fue su decisión.

Parecía, pensaba Angharad, un hombre que no estaba seguro de a quién intentaba convencer. Debería estar enojada por haber sido engañada otra vez, pero Angharad no pudo sentir siquiera rabia cuando vio la tristeza en su semblante. Tristan se impulsó lejos de la pared, con una leve tembladura en la mano.

—Si me disculpa—, logró decir—, necesito asegurarme de que mi amigo murió con el primer disparo.

Porque, en realidad, no lo había hecho, Angharad lo comprendió con un leve horror; Tristan tendría que acabar el trabajo él mismo. Lo observó abrir la puerta, vislumbró la ráfaga de humo de pólvora y el rojo nítido en la pared, y luego apartó la vista.

Manteniendo la vista fija en las escaleras, escuchó cómo atendía a su amigo muerto, luchando por no vomitar.

—

Nadie preguntó qué había ocurrido con Yong: ver a Tristan depositar su cuerpo en la cama fue suficiente para calmar esa curiosidad incluso en los más intrépidos. La mirada de Angharad recorrió su comitiva, encontrándolos reunidos y tan preparados como podían estar.

Tragó saliva, sin volver la vista a la habitación donde un hombre se había quitado la vida.

—Entonces, debemos avanzar—, dijo. —Song les mostró el mapa, así que todos saben dónde deben reunirse: a media milla al norte de aquí, junto a las piedras señaladas.

—Ya se ha dicho todo antes—, dijo el lord Zenzele con tono tranquilo—. ¿Procedemos?

Ella le lanzó una mirada irritada, pero asintió. Sin embargo, antes de dar un solo paso por las escaleras, un sonido metálico llamó su atención, y la de la mayoría presente. Tristan había regresado a la habitación de Yong y volcó un farol. El aceite se derramó sobre el cadáver del veterano, extendiendo una marea de llamas suaves y ondulantes.

—No lo dejaré para que los demonios se lo coman—, dijo con calma el hombre de ojos grises—. Además, puede servir como distracción en nuestra fuga.

Algunos parecían querer protestar, pero el aceite ya estaba suficientemente derramado y la ropa de cama empezaba a arder. No había tiempo que perder, ni siquiera en minutos antes, cuando todavía no estaban en buena forma.

—¡Apúrense!—, espetó Angharad, rompiendo el silencio—. Si todavía no saben que estamos alertas, pronto lo tendrán.

Descendió las escaleras con decisión, sabiendo que esa acción cortarían cualquier impulso de discusión: nadie quería enfrentarse a una espalda que se retiraba. Escuchó pasos detrás suyo, ajustando su vaina a la cadera para que no golpeará contra la pared, y en pocos momentos llegó al salón común. Allí, sus pasos se detuvieron un instante: no estaba sola. Angharad se apartó para que el hombre que la seguía—Tupoc—pudiera avanzar, pero su mirada nunca dejó de fijarse en el hombre frente a ella.

¿Solo el alcalde Crespín no era realmente un hombre, acaso?

El diablo, disfrazado del cadáver de un hombre calvo y de mediana edad, aguardaba junto a la salida, flanqueado por dos persianas cerradas a cada lado. Se apoyaba contra la puerta, bloqueando cualquier vía de escape.

—Escucho fuego—, dijo el diablo.

—Nos enteramos de conspiraciones—, respondió Angharad, con los demás siguiendo detrás de ella.

La luz de la linterna ahuyentaba las sombras del cuarto, mientras los mosquetes se levantaban y las hojas se extraían de las vainas. El alcalde parecía impasible ante su numerosa presencia.

—Es una idea pobre—, dijo Crespín con tono algo más formal, casi anticuado, al estilo de Antigua—. Pero mis parientes estuvieron de acuerdo, así que debe hacerse.

En la distancia, escuchó disparos. El alcalde se estremeció. Como era lógico, si la banda de cultistas andaba suelta por la ciudad y reuniendo a sus esclavos para la batalla.

—Tienes preocupaciones mayores que las nuestras, creo—dijo Angharad—¿Realmente puedes permitirte esa distracción?

El diablo pareció divertido.

—¿Por qué debería preocuparme por un chivo expiatorio que se pasea hasta el altar?—preguntó—No fuimos nosotros quienes los matamos, buenos negros, sino fanáticos cultistas del Ojo.

Su mandíbula se tensó ante la burla.

—No tiene por qué llegar a la violencia—intentó una vez más.

—Son lucentes—le dijo Crespin, no sin amabilidad—. Lo que se te haga a ti no puede llamarse violencia.

No había nada que negociar aquí, no con una criatura como esta.

—Aléjate—dijo Angharad, desenvainando lentamente su espada—Mientras puedas.

El alcalde Crespin parpadeó, con ojos sin vida observándola de arriba a abajo—no con el aprecio de un amante, sino con la mirada de un carnicero, siguiendo las marcas en la carne.

—Vive si puedes—ordenó el diablo.

Las persianas explotaron en astillas de madera, y demonios irrumpieron a través de ellas. Disparos resonaron desde detrás de Angharad, nubes de humo se levantaron mientras sus aliados descargaban sus armas, y uno de los siluetas fue abatido—pero se levantó al instante, mitad de su rostro destruido, revelando un exoesqueleto agrietado. Crespin seguía apoyado contra la puerta, apenas inclinando la cabeza para esquivar una bala.

—Concéntrate en el herido—ordenó Song desde atrás, con la voz completamente calmada—. Rompe su caparazón.

Con la táctica en buenas manos, Angharad avanzó hacia el enemigo con sus aliados a su lado—Tupoc a un lado, Zenzele al otro. Una mujer de cabello oscuro, con rostro bronceado y marcado por las adversidades, saltó a ella como un animal. Fue un salto impresionante, imposible con piernas humanas, pero el impulso era una atadura universal: Angharad se deslizó por debajo de la forma que saltaba, dejándola pasar, y then giró con precisión para abrirla desde el hombro hasta la columna.

Su piel se partió como pergamino, pero bajo ella una especie de caparazón aceitoso y calcificado resistió el filo. Dejó una larga cicatriz y el diablo gritó, pero ella se giró furiosa en un instante. Dolorosa, sí, pero no una herida mortal. Angharad alcanzó a ver a Tupoc atravesando con su lanza a un diablo en el estómago, clavándolo en el suelo, y a Zenzele luchando contra un anciano calvo. Desde atrás, disparos rápidos seguían inmovilizando al cuarto atacante en el suelo.

Crespin observó todo, indiferente.

No le quedaba más atención que gastar. Su diablo soltó un chillido furioso, y su piel onduló al atacarla con rapidez. Un simple palmoteo que habría alcanzado su hombro, y aunque fue rápido, era predecible. Angharad lo detuvo con su espada, posicionada para atravesar la muñeca, su entrenamiento actuando antes que su mente, y en lugar de cortarle la mano, casi pierde su arma. Incluso ese golpe ligeramente torpe fue como una patada. Los labios finos, Angharad retrocedió su espada, dejando una cicatriz en el caparazón de nuevo, y vislumbró—

/La piel onduló, una pata atravesando y perforando su garganta./

-en el momento justo para esquivar el extremo delgado y afilado que salió disparado por la espalda del diablo. Angharad dirigió su golpe con cuidado y, finalmente, la espada penetró: el acero atravesó ese apéndice horrendo, dejándolo caer mientras el diablo chillaba y se retiraba a toda prisa. La pata cortada se retorció en el suelo, sin sangre y por momentos parece hirviendo. La visión llenó de un profundo rechazo visceral.

Su enemigo diablo temblaba sin control bajo la cáscara, dos patas más saliendo de su cuerpo mientras se deslizaba asustado. El propio adversario de Tupoc yacía en el suelo, convulsionando—¿De qué estaba hecho ese jabalí segmentado?—, y Zenzele ayudaba a un viejo calvo a defenderse, mientras la línea de fuego mantenía al cuarto enemigo contra la pared con disparos y le reventaba el vientre en un chorro de carne pálida y repugnante. Pensaba que estaban ganando, pero aún faltaba por enfrentarse uno más.

“Patético,” dijo el alcalde Crespin. “Castings inútiles, todos sin valor, una pérdida de la gracia de Su Majestad Infernal.”

“Stathera,” gimió su diablillo, “ellos son—”

Crespin se movió, lo suficientemente rápido para que ella solo alcanzara a verlo como un borroso, y luego sostuvo al diablillo herido por la garganta. Sin dudar, arrojó a su compañero contra la línea de fuego. Angharad lanzó un grito de advertencia—escuchó a Cozme sacar su espada, maldiciendo, y vio a Tristan forcejear con un pistón que, la última vez, había visto en manos de Yong.

La distracción le costó, pues en ese parpadeo Crespin tomó una mesa, y la destrozó sobre ella.

Angharad levantó las manos para proteger su cabeza y fue arrojada contra el suelo, aturdida. La madera estalló sobre ella. Con un siseo por el dolor, apartó el fragmento que la aprisionaba y rodó justo a tiempo para ver a Crespin atravesar el mostrador y arrancar un pedazo largo y afilado. Sus ojos se desviaron, hacia donde el diablillo lanzado luchaba con otros en un caos de espaldas y cuerpos caídos, y Angharad vio a qué miraba: las linternas.

Los diablos ven en la oscuridad. Los humanos no. Sin las linternas, todos estarían muertos.

Gritando, se lanzó hacia adelante, golpeando salvajemente su brazo, y el diablillo se volvió a ella con una expresión irritada—un golpe de su mano le alcanzó el vientre, casi rompiéndole una

costilla y haciéndola rodar por el suelo. Solo se detuvo cuando su hombro chocó contra la pared, justo debajo de una de las ventanas. A través de ella, vio con sorpresa que un mosquete estaba siendo apuntado. Angharad tuvo solo el tiempo suficiente para soltar su espada y cubrirse los oídos, para no quedar sorda por el disparo.

Una docena de mosquetes dispararon en la sala, mientras el culto del Ojo Rojo entraba en la pelea.

Gruñendo, Angharad extendió la mano por la ventana y arrastró a un hombre por el cuello, irritada por el dolor en sus costillas, para estrellarle la cara contra el suelo. El pobre se debatió, gritando, y al levantarse, ella recuperó su espada, incluso mientras su talón caía sobre el cuello del hombre, rompiéndolo. Alguien le lanzó una jabalina y hábilmente se agachó tras la puerta aún cerrada. Dos cultistas saltaron dentro del hostel por las ventanas, pero un instante después, el alcalde Crespin salió corriendo del humo, desgarrando la mandíbula de uno con un movimiento, devorando sin preocuparse por los restos de carne y hueso mientras los cultistas gritaban—el diablillo mayor fue apartado por disparos de mosquete, pero volvería. Más cultistas saltaron entrenando sus espadas, adentrándose en la nube de humo.

No había esperanza de ganar, pensó Angharad, buscando con la vista a sus compañeros, pero solo encontró una anarquía de humo, acero y golpes violentos. Abrió la boca, preparando un llamado a la retirada, pero sus palabras fueron ahogadas.

Un pedazo del techo se desprendió, revelando un infierno ardiente arriba, mientras el humo salía en volutas. El fuego que Tristan había puesto antes, recordó, mientras reprimía una risa histérica.

“¡Alí , con la puerta!” gritó sobre el estruendo de las llamas.

A través del humo que giraba, vio siluetas en movimiento—unos corriendo hacia ella, otros luchando. Ferranda saltó sobre las llamas que se extendían, Lan siguiéndola, y por un momento, creció en ella la esperanza de que Cozme también se dirigía a ella. Solo otros fragmentos del techo cayeron en el camino, echando hacia atrás al hombre que salió gritando, y Tristan lo alejó con fuerza. Song estuvo a su lado un instante después, con sangre en el brazo.

Un fragmento de él había sido arrancado.

—Es hora de irnos— gritó Tianxi por encima del estrépito—. Crespin rompió una pared, los otros tienen una salida.

Angharad arriesgó una última mirada hacia atrás, viendo una silueta cruzar el humo. Baja, tosiendo con desesperación. Apartó la mano de Song que descansaba sobre su hombro y se apresuró a ayudar a Shalini a salir del humo, mientras la Someshwari la sostenía de un costado.

—¡Ábrelo!— gritó a Ferranda.

La infanzona rompió la cerradura y Song fue la primera en atravesar, girando en un instante y disparando a alguien que no podían ver. Los siguieron en la estela del Tianxi, encontrando a un cultista muerto, desplomado contra la pared con su mosquete en el suelo, mientras el resto vacilaba, divididos entre los demonios dentro y la huida de la compañía.

Un alarido bestial proveniente del interior del ardiente desastre de la Última Morada fue lo que resolvió la situación.

Uno de los cultistas arrojó maliciosamente una jabalina en su dirección, pero los otros dirigieron sus fusiles hacia los demonios mientras los cinco escapaban por las calles.

—

Aquí, apenas había seguridades, pues el caos había tomado la ciudad.

Las casas de todo Cantica habían sido incendiadas, y mientras rugían hacia el cielo, los esclavos huían en medio de la brutal pelea entre cultistas y demonios. No todos los esclavos corrían en busca de refugio; muchos tomaban lo que encontraban como armas y se unían al culto del Ojo Rojo en la lucha contra los demonios—algunos de los cuales habían perdido paciencia y se abrían camino a dentelladas, moviéndose entre la neblina como fantasmas y devastando a los hombres, mientras musketazos resonaban y lanzas penetraban el caparazón.

—¡Manes!— susurró Lan—. Es una verdadera insurrección. Tenemos que salir de aquí.

—Manténganse cerca— ordenó Angharad—. Nos dirigimos a la puerta principal.

De su grupo, sólo la gemela Tianxi no era una combatiente. El resto se agrupó a su alrededor: Angharad y Ferranda al frente, Shalini y Song detrás. Corrieron dos cuadras hasta que alguien los avistó, un cultista que gritaba y señalaba para atraer la atención de la multitud de esclavos escapados que lo rodeaba.

Un momento después, Song le disparó entre los ojos, haciendo que la mitad de los esclavos se dispersaran cuando su cuerpo cayó al suelo.

Corrieron alejándose antes de que la otra mitad, claramente furiosa, lograra alcanzarlos. Doblaron una esquina envueltos en una cortina de humo, siguiendo la curva de la empalizada hacia lo que suponían sería la puerta principal. En dos ocasiones más se toparon con huecos, pero la primera vez eran esclavos en fuga que les dieron un amplio margen, y en la segunda, tres lanceros en cota de malla que fueron ahuyentados por unos disparos. Por fortuna, Angharad comprendió: la puerta principal estaba lejos del combate. La peor parte ocurría en lo profundo de Cantica, donde los huecos estaban encarcelados y los cultistas ahora enfrentaban a los demonios.

Pronto, se encontraron frente a las puertas cerradas. Una lonja de madera a su lado debería llevar la rueda que abriría el paso, así que con cautela se acercaron hacia la sencilla caseta de madera situada a la derecha de la verja. No había ninguna alma a la vista, y apenas una luz proveniente de la linterna que Lan había encendido, además del infierno en llamas que se elevaba a lo lejos. La anciana Tianxi se adelantó con determinación.

—Está sin cerrar— susurró la mujer de labios azules, palpando la manija de la caseta.

La empujó y cruzó el umbral con la linterna en alto, entrando en la oscuridad, pero en ese mismo instante fue arrestada por la fuerza.

Angharad soltó un grito de alarma, lanzándose hacia adelante a través del umbral, pero hubo un destello cuando un arcabuz fue disparado y Shalini solo logró arrastrarla por poco fuera del camino, mientras una bala rozaba justo su hombro. Entre el disparo y la linterna de Lan caída, alcanzó a vislumbrar lo que había en el interior: al menos tres cultistas con espadas y arcabuces, apuntándolos hacia la puerta.

—¿Ves? —dijo—. Te dije que irían por la puerta, como ratas huyendo de un barco que se hunde.

La furia surgió, estallando como un rugido al romperse de su agarre y reconocer esa voz.

—¡Augusto! —susurró, con un gruñido.

No podía verlo, estaba escondido fuera de su vista, pero por el lugar desde donde provenía la voz, debía ser quien había llevado a Lan.

—Tengo un cuchillo en la garganta de tu mascota, maldita bitch malani —respondió Augusto—. Y con suficientes hombres a mi lado, no tienes esperanza de atravesar esto.

Angharad miró a Shalini, preguntándose en silencio si su contrato pondría en duda esa afirmación, pero la pequeña Someshwari frunció el ceño y asintió con la cabeza. Por más rápido que fuera su mano, no era más veloz que un dedo ya en el gatillo.

—No tienes nada que ganar con esto —gruñó Angharad—. Y ten en cuenta que si matas a Lan, personalmente incendiaré esa casa de la puerta contigo adentro.

El punto de estrangulamiento de la puerta funcionaba en ambos sentidos: sus arcabuces mantendrían a su banda dentro, igual que los de ellos impedirían que ella entrara. El cerdano soltó una risita.

—Lo hizo para tener ventaja —dijo Song en voz baja, bajando aún más el tono para que los hombres en la casa de la puerta no pudieran oír—. Quiere algo de nosotros.

—Oh, nos matará si puede —dijo Ferranda igual de silenciosa—. Esa no fue un disparo de advertencia. Pero apuesto a que nuestros amigos del Ojo Rojo no confiaron en él con tantos hombres como quería, así que vino preparado para negociar.

—¿Cuánto vale para ti la vida de esa rata, Tredegar? —preguntó Augusto—. Estoy de humor para cambiar.

Lan estaba bajo su protección, pensó Angharad con la mandíbula apretada. Sintió la mirada de Song sobre ella, vio la objeción que allí permanecía, y la ignoró. No tendría trato con la conveniencia.

—¿Qué quieres, Cerdano? —preguntó.

—Una promesa de todos ustedes —dijo—. Que le dirán a la Guardia que me mataron, y si uno de ustedes rompe esa promesa, deberá matarlo a él por ello.

Frunció el ceño. ¿Para qué necesitaba eso? Angharad, tan desagradable como era esa idea, ni siquiera estaba completamente segura de que los caballeros de negro lo ejecutaran por dejar entrar a los cultistas. Tupoc había trabajado con ellos, y claramente se sentía seguro en la suposición de que no lo harían. Entonces, temía que lo ejecutaran por otra cosa, decidió, y pronto la respuesta reveló qué podría ser.

—Contrajiste un acuerdo con el Ojo Rojo —dijo con ecuanimidad—. En el laberinto. La Guardia te matará por eso.

—No escucho acuerdo —llamó Augusto.

Un latido después, escuchó cómo Lan soltaba un grito y luchaba. Sus dedos crujieron en torno a la empuñadura de su sable, pero atravesar esa puerta sería muerte.

—Me cortó —dijo la Tianxi, con la voz casi quebrada por mantener la calma.

—Y lo haré otra vez, hasta obtener lo que quiero —dijo el cerdano—. La rata por la promesa.

—No comprendo por qué lo desea, susurró Shalini. —No le dará la posibilidad de abandonar esta maldita isla, y no es como si los clérigos negros lo persiguieran si se va con las tribus cultistas.

—No tiene intención de permanecer en esta isla—, adivinó Ferranda—. Volvería a Sacromonte.

—La Guardia lo matará por ese contrato—, dijo Song—. A menos que...

A menos que tuviera la intención de matarlos primero, pensaron todos. De liderar un ejército de cultistas contra Tres Pinos y apoderarse de un barco a la fuerza, navegando de regreso a Sacromonte sin ellos, y allí esconderse tras la protección de la Casa Cerdan.

—Entonces está loco—, dijo Angharad—. Una sola banda de guerra y los esclavos que reclute a la fuerza para atacar una fortaleza de la Guardia. Lo harían pedazos.

Luego lo vio, la disposición del plan.

—No, no está loco. Él piensa como un caudillo de guerra—, exhaló con determinación—. Utilizaría la victoria aquí para reunir a otras tribus bajo su bandera, trataría de unir las contra la Guardia.

Incluso entonces, las probabilidades estaban en su contra, y sus compañeras parecían tan escépticas como ella. Pero esa era la razón por la cual quería el juramento, pensó Angharad. Para tener tiempo de reunir a las tribus y aún así atacar Tres Pinos con la ventaja de la sorpresa. Tal vez pretendía fingir que era un sobreviviente tardío y abrir un portal como hizo aquí, o cualquier otro plan medio dozen. No importaba, pensó Angharad.

Si él buscaba las estrellas en una copa, ella le haría esa promesa.

—Tomaré tu juramento—, dijo Angharad.

—Angharad—, susurró Song—.

Ella le enfrentó con aquella mirada plateada.

—Tomo ese juramento—, repitió—, y todos aquí lo harán también. A cambio, liberarás a Lan sin dañarla.

Dudas asomaron en sus rostros, pero ella no soportaría contradicciones en esto.

—Bien—, dijo Augusto—. Qué honorable eres, Malani. Júralo, y yo haré lo mismo.

Angharad lo hizo, y bajo su mirada implacable, los demás hicieron lo mismo. Lan fue enviada a tropezones por la puerta, con una herida superficial en el cuello. Ferranda la agarró y la apartó del alcance de la línea de fuego. Desde el interior de la torre se escuchó otro estallido de risas.

—¿Ahora negociamos que nos abran las puertas?— gritó Augusto—. A menos que prefieras venir y intentarlo tú misma.

Lo que ella quería, pensó Angharad, era tomar una linterna y prender fuego a esa torre de hierro. Pero eso podría romper el mecanismo que les permitiría salir, y no estaba segura de que la fuerza sola fuera suficiente para abrir las puertas. La otra opción era pasar por el corazón de Cantica e intentar la puerta trasera de Tristan, pero esa no era una verdadera elección. No sabía exactamente dónde estaba, y el camino probablemente sería peligroso.

Y Augusto seguramente los seguiría de cerca para intentar reunir a los cultistas en su contra, ahora que sabía dónde estaban.

Ella comprendió que esa era toda la razón por la cual el hombre estaba allí, pensó Angharad. Temía tanto que logran escapar de Cantica en medio del caos que prefería quedarse fuera de la batalla por completo.

—Habla tus condiciones—, dijo Angharad, ignorando la creciente ira de sus compañeras.

—Tan sumisa—, burló Augusto—. Desde el principio deberías haber sido así, Tredegar. Quiero otro juramento a cambio de tolerarte.

—Dilo—, respondió ella, perdiendo la paciencia.

Él probablemente lo había percibido en su voz, pues no perdió ni un instante más.

—No cometerás violencia contra mí ni permitirás que tus acompañantes lo hagan, ni intentarás encarcelarme ni permitirás que tus compañeros lo intenten —dijo Augusto.

—Bajo ese juramento podrías salir y matarme, y yo no podría hacer nada al respecto —respondió ella—. Me niego.

—Muy bien —resopló él—. Los mismos términos, pero se permite la violencia en defensa propia y de tus acompañantes.

—Eso es un juramento de por vida —observó ella—. Solo lo aceptaré dentro de los límites de Cantica.

—¿Toda la isla? —replicó Augusto rápidamente.

Los ojos de Angharad se entrecerraron. ¿Pensaba jugar con palabras con una hija de Peredur? Le saldría caro.

—Hasta que transcurran veinticuatro horas —ofreció ella.

Un momento de vacilación.

—De acuerdo —aceptó él.

Juraron y, unos instantes después, las puertas empezaron a abrirse.

Angharad sonrió, tarareando las primeras notas de *La Esposa Justa*, y reflexionó sobre la muerte de Augusto Cerdan.

Revision #1

Created 6 May 2026 09:52:39 by Michael Brown

Updated 6 May 2026 09:52:42 by Michael Brown